

Oro de Rey

LA REPÚBLICA LITERARIA

Por D. DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO

(Fragmento)

HABIENDO discurrido entre mí del número grande de los libros y de lo que va creciendo, así por el atrevimiento de los que escriben, como por la facilidad de la imprenta con que se ha hecho trato y mercancía, estudiando los hombres para escribir y escribiendo para granjear; me venció el sueño; y luego el sentido interior corrió el velo a las imágenes de aquellas cosas en que despierto discurría. Halléme a la vista de una ciudad, cuyos capiteles de plata y oro bruñidos deslumbraban la vista y se levantaban a comunicarse con el cielo. Su hermosura encendió en mí un gran deseo de verla; y ofreciéndose delante de mí un hombre anciano que se encaminaba a ella, le alcancé; y trabando con él conversación, supe que se llama a *Marco Varrón*; de cuyos estudios y erudición en todas materias, profanas y sagradas, tenía yo muchas noticias por testimonio de Cicerón y de otros: y preguntando yo qué ciudad era aquella, me dijo con agrado y cortesía que era la *República literaria*; y ofreciéndose a mostrarme lo más curioso de ella, acepté la compañía y la oferta; y fuimos caminando en buena conversación. Por el camino fui notando que aquellos campos vecinos llevaban más élboro que otras yerbas; y preguntándole la causa, me respondió, que la divina Providencia ponía siempre vecinos a los daños los remedios; y que así había dado a la mano aquella yerba para cura de los ciudadanos, los cuales con el continuo estudio padecían graves achaques de cabeza. Muchos buscaban el élboro; la anacardina para hacerse memoriosos, con evidente peligro del juicio. Poco me pareció que tenían los que le aventuraban por la memoria: porque si bien es depósito de las ciencias también lo es de los males; y fuera feliz el hombre si como está en su mano el acordarse, estuviera también el olvidarse. La memoria de los bienes pasados nos desconciela; y la de los males presentes nos aorienta. Habiendo llegado a la ciudad, reconocí sus fosos; los cuales estaban llenos de un licor oscuro. Las murallas eran altas; defendidas de cañones de ánseres y cisnes, que disparaban balas de papel. Unas blancas torres servían de baluarte; dentro de las cuales levantaba la fuerza del agua unas vigas, cuyas cabezas batiendo en pilones de mármol gran cantidad de pedazos de lienzo, los reducían a menudos átomos; y recogidos estos en cedazos cuadrados de hilo de alambre, y enjutos entre fieltros, quedaban hechos pliegos de papel; materia fácil de labrar, y bien costosa a los hombres. ¡Qué ingenuos somos en buscar nuestros daños! Escondió la naturaleza providamente la plata y el oro en las entrañas de la tierra, como a metales perturbadores de nuestro sosiego; y con gran providencia los retiró a regiones más remotas, poniéndoles por foso el inmenso mar Oceano, y por muros altas y peñascosas montañas; y el hombre industrioso busca artes e instrumentos con que navegar los mares; penetrar los montes y sacar aquella materia que tantos cuidados, guerras y muertes causa al mundo. Están en los muladares los viles andrajos, de que aún no pudo cubrirse la desnudez; y de entre aquella bausura los saca nuestra diligencia, y labra con ellos nuestro desvelo y fatiga aquellas hojas donde la malicia es maestra de la inocencia siendo causa de infinitos pleitos y de la variedad de religiones y sectas.

El frontispicio de la puerta de la ciudad era de hermosas columnas de diferentes mármoles y jaspes. En ellas (no sin misterio) parece que faltaba a sí misma la arquitectura: porque de los cinco órdenes solamente se veía el dórico duro y desapacible, símbolo de la fatiga del trabajo. Entre las columnas estaban en sus nichos nueve estatuas de las nueve Musas, con varios instrumentos de música en las manos; a las cuales había dado la escultura tal aire y movimiento a pesar del mármol, que la imaginación se daba a entender que imprimían en ella aquellos afectos que suelen infundir desde las esferas del cielo donde las consideró inteligencias o almas la antigüedad. *Clio* parece que encenia en los pechos llamas de gloria con las hazañas de los varones ilustres. *Terpsicore* elevaba los pensamientos con la dulzura de la música. *Erato* daba números y compases al movimiento de los pies. *Po-limnia* avivaba la memoria. *Urania* se servía de ella para persuadir en el ánimo la contemplación de los astros. *Caliope* levantaba los espíritus heroicos a acciones gloriosas.

